

CARTAS DESDE LA CÁRCEL

ROSA LUXEMBURGO

CARTAS DESDE LA CÁRCEL

**CORRESPONDENCIA CON
SOPHIE LIEBKNECHT**

**Prólogo de
Christopher Hitchens**

**Traducción de Antonio López
y Roberto Ramos Fontecoba**

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Briefe aus dem Gefängnis (1920)

© del prólogo, Christopher Hitchens, 2011.
Publicado mediante acuerdo con Baror International, Inc.
© de la traducción de las cartas, Antonio López
© de la traducción del prólogo, Roberto Ramos Fontecoba
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: octubre de 2021

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-122404-9-8
Depósito legal: C-948-2021

ÍNDICE

Nota a la presente edición

9

Prólogo, por Christopher Hitchens

13

Cartas desde la cárcel

27

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Rosa Luxemburgo inicia en cierto modo la estirpe de disidentes políticos del siglo xx, pues abre el camino que seguirán más tarde Serge, Koestler, Orwell y Camus, entre otros.

«La libertad solo para los partidarios del gobierno, solo para los miembros de un partido —por muy numerosos que estos sean—, no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa de manera distinta», escribió la autora en 1918, reflexionando sobre la deriva totalitaria de la Revolución rusa mientras ella y su compañero de partido, Karl Liebknecht, se hallaban en prisión. Ambos habían sido encarcelados por el gobierno alemán por oponerse a la orgía nacionalista y a la guerra que desgarraba Europa, y ambos serían asesinados poco después por las fuerzas paramilitares alemanas que iban a constituir el núcleo de los camisas pardas y el preludio del régimen nazi.

En el presente volumen ofrecemos al lector las cartas que la autora dirigió a su amiga Sophie Liebknecht, la mujer de Karl, durante esa estancia en la prisión. Los textos, prologados aquí por otro ilustre disidente, Christopher Hitchens, nos muestran la faceta más personal de una de las grandes figuras de la teoría política del pasado siglo.

Se trata de 22 cartas y postales que vieron la luz originalmente en Berlín en 1920, cuando fueron publicadas por el Comité Ejecutivo de la Internacional de las Juventudes Comunistas bajo el título *Briefe aus dem Gefängnis*. La obra sería reeditada en 1946, tras la caída del régimen nazi, y reimpressa en varias ocasiones en las siguientes décadas. Posteriormente, en 1977, vería la luz una edición ampliada, que incluía cartas adicionales y algunos pasajes omitidos en la edición de 1920 —hasta la fecha, se conoce la existencia de un total de 35 cartas y postales a Sophie Liebknecht, recogidas en las ediciones más recientes de *Briefe aus dem Gefängnis* y en el volumen 5 de *Gesammelte Briefe* (Karl Dietz Verlag, Berlín, 1982-1993).

Aquí hemos seguido la edición original, tal como fue concebida por Sophie Liebknecht y los editores, y hemos incluido un prólogo de Christopher Hitchens, que vio la luz en *The Atlantic* en junio de 2011 y fue incluido posteriormente en la antología de ensayos del

autor *And Yet...*, publicada por la editorial Simon & Schuster en 2015.

Tanto las cartas como el prólogo han sido nuevamente traducidos al castellano para la edición que presentamos al lector.

**PRÓLOGO:
LA ROSA ROJA**

El veredicto generalmente aceptado sobre la ideología del siglo xx (que su carácter «totalitario» eclipsa cualquiera de las diferencias ostensibles entre sus versiones de «izquierda» y «derecha») es algo que pocos desean discutir. De hecho, el propio término *totalitario* fue probablemente acuñado por el disidente marxista Victor Serge en referencia a una forma singularmente moderna de absolutismo que, en esencia, buscaba abolir la vida privada y la conciencia individual. Y lo que vale para los conceptos, vale también aquí para las consecuencias: el temprano clásico de David Rousset, *L'Univers concentrationnaire*,¹ prefiguraba la imagen del «campo» de concentración como el lugar donde el utopismo brutal,

1. Publicada originalmente en 1946. David Rousset, escritor y activista político francés, había sido miembro de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial y había sobrevivido al campo de concentración de Buchenwald. El autor fue además uno de los primeros intelectuales franceses que denunció los horrores del Gulag. (*N. del T.*)

fuera cual fuese el carácter del régimen, se deshacía del excedente humano.

Esta convergencia o simetría no se traduce automáticamente en una estricta equivalencia moral. Es posible que el Gulag haya devorado a más personas que el sistema nazi del *Lager*. Sin embargo, el preeminente historiador del estalinismo Robert Conquest, cuando fue invitado a emitir un juicio, consideró que los crímenes hitlerianos eran más detestables. Y cuando se le urgó a profundizar en ello, respondió: «Simplemente siento que es así». Pues bien, a mi juicio, muchas personas moralmente inteligentes, de hallarse ante el dilema planteado a Conquest, habrían intuido lo mismo.

Otra forma de trazar una distinción entre ambos regímenes radica en lo siguiente: no hay registros reales de ningún escrito «disidente» por parte de la minoría de intelectuales que se sintieron atraídos por el fascismo y el nacionalsocialismo. Si no fuera por cierta fascinación enfermiza por la pornografía de la violencia y el racismo, no tendría mucho sentido estudiar los escritos políticos de Louis-Ferdinand Céline, y mucho menos de Alfred Rosenberg. Tal vez Martin Heidegger y Giovanni Gentile hayan ofrecido un ofuscador aluvión de justificaciones pseudohistóricas para el culto al supremo liderazgo nacional, pero tales argumentos sobreviven principalmente como curiosidad. Lo más

importante aquí es que resulta imposible imaginar los términos mediante los cuales Heidegger o Gentile podrían haber formulado una crítica de Hitler o Mussolini por haber traicionado los ideales originales de sus respectivos movimientos. Y es que esas ideologías prohibieron e impidieron tajantemente cualquier contingencia de ese tipo.

Por contraste, incluso el árido volumen de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia* constituye una especie de análisis y de anatomía, de modo que sería simplemente ridículo compararlo con los desvaríos del *Mein Kampf*. Además, los muchos marxistas que discrepaban con Lenin ofrecieron una serie de trabajos de gran seriedad, y no examinarlos limitaría severamente nuestro conocimiento de la historia moderna. Para mí, la figura más brillante —y más atractiva— entre estos intelectuales marxistas fue Rosa Luxemburgo, la judía de origen polaco que era la persona de mayor carisma dentro del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

El primer libro de Bertrand Russell (surgido de una serie de conferencias pronunciadas por el autor en 1896) versaba sobre el carácter de ese histórico partido alemán. El SPD estaba ligado a un marxismo bastante formalista en la teoría, pero en la práctica proporcionó a millones de trabajadores y a sus familias algo así como una sociedad alternativa dentro de Alemania: no solo les ofre-

ció sindicatos, sino también organizaciones benéficas, instituciones educativas, campamentos de vacaciones y asociaciones de mujeres. Muy crítico con el militarismo prusiano, se sintió lo suficientemente confiado en 1912 como para declarar que, en caso de guerra, convocaría huelgas y protestas e intentaría establecer alianzas con los partidos fraternos de las otras naciones combatientes. Al final, la histeria bélica demostró ser tan poderosa que la mayoría de la Internacional Socialista capituló en agosto de 1914 y votó a favor de participar en el mayor fratricidio que el mundo había visto jamás. (Lenin quedó tan conmocionado por esa decisión que al principio se negó a creer que el SPD hubiese abandonado su posición previa.) Luxemburgo fue de los pocos líderes del partido que se opusieron a los planes del *káiser*, y fue por ello encarcelada. De hecho, la parte central de la colección de sus cartas fue escrita durante ese sombrío encarcelamiento y esa gran recaída política. La confusión del momento se capta en una carta de octubre de 1914,² en la que la autora solicita urgentemente instrucciones sobre la mejor manera de enviar información a través de Benito Mussolini, sin saber que este, hasta entonces un editor socialista opuesto a la guerra, ya ha

2. A Karl Moor, fechada el día 12 del mencionado mes de octubre. (*N. del T.*)

abandonado la causa y comenzado su largo giro hacia la derecha más fanática.

Rosa Luxemburgo estaba ligeramente coja desde la infancia, se había casado solo para obtener la ciudadanía y era famosa por el desdén y la mofa que suscitaban sus disputas, de modo que resultaba fácil retratarla como un personaje frustrado y poco femenino. Sin embargo, su correspondencia muestra que fue una amante activa y ardiente, así como una mujer cuyo humanismo y cuyo amor a la naturaleza y la literatura la distraían constantemente de la política. En una carta escrita desde una cárcel de Breslavia en el verano de 1917 y dirigida a su *innamorado* Hans Diefenbach (quien perdería la vida inútilmente en el Frente Occidental), encontramos tiernas y compungidas reflexiones sobre la muerte de los padres, algunas opiniones claras sobre el estilo de Romain Rolland, la recomendación de que Diefenbach lea la obra de Gerhart Hauptmann *Emanuel Quint: el loco en Cristo* y, por último, algunos comentarios extensos sobre los ingeniosos hábitos de avispas y pájaros, tal como ella los observa a través de las ventanas de su celda. Otra carta a Diefenbach, enviada previamente ese mismo año, rezuma la adicción de ambos a las obras de Goethe y Schiller, y ofrece de manera enérgica la hipótesis de un Shakespeare feminista, basada en la figura de la irrefrenable Rosalinda de *Como gustéis*.